



EX LIBRIS

EX LIBRIS



Carlos “Calica” Ferrer

# De Ernesto al Che

El segundo y último viaje de  
Guevara por Latinoamérica

Prólogo de Alberto Granado



*A la memoria  
de mi amigo  
Ernesto*

## **CAPÍTULO 1**

# La propuesta



*“La verdadera patria del poeta y de cada uno de nosotros son la infancia y la juventud porque son libres, son espontáneas. Después la vida, las normas y las pautas cambiarán las circunstancias”.*

–GONZALO ROJAS, premio Nobel

**P**reparate, Calica, que nos vamos dentro de un año.  
–Qué mierda en un año, Chanco, si a vos te faltan doce materias.

–Si las voy a dar...

–Qué las vas a dar, dejate de joder.

–Vas a ver que las voy a dar.

La propuesta de Ernesto llegó como él solía hacer las cosas: más como un desafío que como una invitación. Ernesto estaba recién llegado de su viaje por Latinoamérica que había emprendido con Alberto Granado, y yo, como todos los amigos y familiares, no me cansaba de escuchar los cuentos y las anécdotas de ese recorrido increíble. Primero habíamos seguido sus peripecias a través de las cartas que recibían los Guevara y que devorábamos como si se tratara de una novela de aventuras. Así que Ernesto volvió hecho un héroe a nuestros ojos y lo escuchábamos con admiración contar una y otra vez sus hazañas. Me viene a la cabeza una de las historias que más le festejábamos: el viaje en la balsa “Mambo-Tango”. Era tan precaria y difícil de manejar que, aunque el objetivo era el puerto de Leticia en Colombia, nunca pudieron arrimarse a la orilla y siguieron viaje hasta Brasil. Iban cargados con todos los regalos que les pudieron hacer los enfermos del leproso de San Pablo como agradecimiento por la dedicación y el cariño que habían puesto en su atención: frutas, carne de mono, gallinas y otras vituallas. Y cuidaban cada alimento porque sabían que pronto escasearía la comida. En un momento se cayó

una gallina al agua. Ernesto se empezó a desvestir para tirarse a buscarla. Alberto, muy tranquilo, sin dejar de sorber su mate, le dijo: “Me parece que te estás olvidando de los caimanes”. Frente a esa lógica implacable, a Ernesto no le quedó otra que volver a ponerse el pantalón y la camisa malhumorado mientras veía cómo se ahogaba su cena.

La invitación al viaje llegó en el momento justo, pero no me la tomé muy en serio al principio. Ernesto usó todos sus argumentos y su encanto para convencerme. Necesitaba un compañero para reanudar la aventura porque Alberto se había quedado trabajando como bioquímico en el leprosario de Cabo Blanco, La Guaira, Venezuela. El plan era sencillo: primero Ernesto se recibía de médico, luego nos íbamos –en tren, a dedo, en camiones, en lomos de burro, en lo que fuera que saliera gratis o casi– hasta Venezuela y allí nos encontrábamos con el Petiso Granado.

“Mirá que en Venezuela con el asunto del petróleo se vive fantástico, hay una moneda fuerte que es el bolívar, 3,35 con respecto al dólar. Las monedas son de plata, con eso te digo todo –trataba de entusiasmarme Ernesto–. Las mejores minas<sup>1</sup> del mundo están ahí –seguía, tocándome a sabiendas uno de mis puntos débiles–, y conseguís laburo<sup>2</sup> enseguida porque allá no necesitás ser profesional, apenas con el bachillerato ya te la rebuscás. Y lo mejor es que lo podemos usar de trampolín. Nos capitalizamos un poco y después nos vamos a París los tres con el Petiso, ¿entendés?”

La idea del viaje quedó dándome vueltas los siguientes días. Yo tenía 23 años y estaba entre la espada y la

---

1 Mujeres.

2 Trabajo.

pared. Había largado la facultad, mi padre había muerto y no encontraba trabajo. Después de tres años de estudiar Medicina en la ciudad de Córdoba, me di cuenta de que el guardapolvo blanco no era para mí. Me gustaba más la vida social y política del barrio Clínicas, que era un hervidero en ese momento. Mi primera actuación política fue como delegado de primer año de Medicina en la Federación Universitaria cordobesa en el año 1948, apenas entré en la Facultad. La Federación estaba dividida en dos: el Partido Reformista, donde estaba yo y también Granado (que era varios años más grande y yo casi no conocía), y otro partido con influencia comunista. Yo no era comunista pero sí de izquierda, socialista. En lo que todos estábamos de acuerdo dentro de la Facultad era en el antiperonismo, en el antinazismo e, incipientemente, en el antiimperialismo. En el barrio Clínicas, la Policía no entraba así nomás, cuando quería meterse con la caballería, llenábamos la calle de bolitas y palos de escoba cortados en trocitos, y se quedaban afuera. Y ya comenzaba a haber un clima antiimperialista, yo firmé manifiestos repudiando la actuación de los Estados Unidos en Hiroshima y Nagasaki, donde tiraron las bombas atómicas. Así que lo político me tiraba, y también, lo confieso, la vida en el barrio Clínicas era una joda de la mañana a la noche. Un día mi madre se cansó, me cortó los víveres y me dio un ultimátum: “Ya que no vas a estudiar, te venís a Buenos Aires a trabajar”.

Sonaba fácil, pero no lo fue. Sin un título, un joven de poco más de veinte años sin experiencia laboral no tenía muchas perspectivas de conseguir un buen trabajo. El único camino posible era el Estado, pero para eso me tenía que afiliarse al Partido Peronista y yo, ni muerto. Así que me pasé dos años en Buenos Aires casi sin laburar y sin estudiar, mientras mamá hacía malabares con lo poco que nos había dejado papá para que mis hermanos

podieran estudiar. Mis dos obsesiones en ese momento eran los burros<sup>3</sup> y las minas. Cuando podía hacía una changa.<sup>4</sup> Tenía que hacer algo urgente con mi vida y no sabía qué. Ahí fue cuando apareció Ernesto con su propuesta que me marcaría para siempre. Claro, en ese momento no lo sabía, sólo fantaseaba con la vida fácil, el peso fuerte, las mujeres bellas y los trabajos muy bien pagos que me esperaban en Venezuela. Por supuesto, tampoco desdeñaba las fantasías de Ernesto de “capitalizarnos” y seguir conociendo el mundo, o comprar un barquito y remontar el río Orinoco. Caimanes, pirañas, tribus indígenas, palmeras, lugares inexplorados... mi imaginación volaba. A Granado lo conocía poco pero ya sabía que era macanudo y que nos íbamos a llevar de maravillas. En nuestro entusiasmo nos parecía que estábamos en todo de acuerdo, aunque después sabríamos que no era así. Ernesto era Ernesto y yo era yo. Y adentro de Ernesto ya estaba el Che empujándolo a una aventura mucho mayor que la que yo modestamente fantaseaba. Al volver de su viaje con Granado, había anotado en su diario: “El personaje que escribió estas notas murió al pisar de nuevo tierra argentina, el que las ordena y pule, ‘yo’, no soy yo; por lo menos no soy el mismo yo interior. Ese vagar sin rumbo por nuestra ‘Mayúscula América’ me ha cambiado más de lo que creí”.<sup>5</sup>

El desafío estaba planteado y era tentador e inquietante a la vez. Mi amigo me empujaba a aventurarme a tierras desconocidas, casi sin recursos, a mí, que al único lugar al que había viajado era al Uruguay, a las playas de Punta del Este y de Carrasco, donde mis padres me

---

3 Caballos de carrera.

4 Trabajo ocasional.

5 Ernesto Che Guevara: *Diarios de motocicleta. Notas de un viaje por América Latina*, Buenos Aires, Planeta, 2004, p. 52.



Uno de los primeros cumpleaños que compartimos con Ernesto en mi casa de Alta Gracia. Él, luciendo un vendaje que cubría un reciente hondazo (en esa época no existían las “curitas” modernas). Yo, a su lado suyo peinado a la gomina. Nos acompañan nuestros hermanos Jorge Ferrer y Celita Guevara (la del moño blanco arriba mío). Entre otros asistentes al cumpleaños, estaban muchos de los que después serían entrañables amigos: los hermanos Peña (Clarita, Susana y Coté), los Muñoz González (Sarita, María Rosa y Queta), los Ayrolo (Barón y Pelado), los Moyano Gacitúa (Teresita y Cornelio), Pipina Hernández y Charo Aguina. De blanco, las infaltables niñeras que aguantaban pacientemente nuestras travesuras.

llevaban de chico a veranear. En esa época las distancias eran distancias: era muy difícil, caro y trabajoso viajar. Solo lo podían hacer unas pocas personas con mucho dinero y tiempo disponible. Y Ernesto, claro, que inventó una forma de viajar sin un peso, haciendo dedo, durmiendo en cualquier lado y comiendo lo poco que se pudiera encontrar por ahí. Hoy, después del hippismo, de la revolución juvenil de las décadas de los 60 y los 70, puede sonar común, pero en ese tiempo era una osadía.

Jamás podría haberle dicho que no. No era la primera vez que Ernesto me desafiaba, y yo nunca me había achiado. A los once años, en Alta Gracia, después de alguna

de nuestras típicas peleas, me vino a encarar con toda su pandilla, de la que él, por supuesto, era el líder. “Mirá –me dijo–, si vos querés entrar de vuelta en este equipo tenés que hacer una demostración de valentía.” Yo, que no quería quedarme afuera, acepté, y me llevaron a un lugar donde había una piedra inmensa, como de cuatro o cinco metros cuadrados, con un túnel abajo. “Si cruzás este túnel, te consideramos de la barra otra vez”, me dijo. Yo, sin pensarlo dos veces me largué a cruzar cuerpo a tierra, aunque iba aterrado pensando que en cualquier momento me picaba una víbora de la cruz, una araña, se me subía un sapo o me aplastaba un derrumbe. Me pareció que estuve un siglo ahí abajo, pero finalmente conseguí llegar del otro lado y recibí la felicitación de todos. Había reconquistado mi título de amigo de Ernesto.

Muchas veces he leído que Ernesto en sus campañas exigía a sus compañeros austeridad, estoicismo, capacidad para soportar el frío, el calor, la sed y el hambre, paciencia para estar varado en medio de un camino sin poder ir ni para atrás ni para adelante. Él, tranquilo, te decía: “Tomalo con calma, ya vamos a conseguir algo”. Era así, había que tener ciertas condiciones para estar al lado de Ernesto. Por eso me llenó de orgullo que me invitara al viaje, quería decir que yo tenía lo que había que tener. A pesar de que me gustaba la buena vida –y me sigue gustando–, si tenía que hacer sacrificios, siempre que no fueran para siempre, los hacía sin chistar. Él me cargaba y me decía que yo era pituco,<sup>6</sup> a él en cambio siempre le gustó más andar en el barro, se adaptaba a cualquier circunstancia.

A Ernesto y a mí, como a casi todos en Alta Gracia, nos reunió el bacilo de Koch. Esta broma que solía repe-

---

<sup>6</sup> Elegante, de alta sociedad.

tir Carlitos Figueroa, otro de nuestros amigos, se refería a que la mayor parte de los enfermos de pulmón de las clases acomodadas argentinas –ya fuera de asma, pulmonía o tuberculosis– iba a parar a esta localidad cordobesa. Alta Gracia era en la década de los 30 una pequeña y preciosa ciudad rodeada de sierras y campo y bendecida con un clima seco y estable que obraba los milagros que todavía la medicina no ofrecía a los enfermos pulmonares. Los tratamientos consistían en una mezcla de reposo, buena alimentación y mucha oxigenación en un buen clima. Además, en esa época, la tuberculosis era considerada por muchos una enfermedad vergonzante, así que los enfermos de clases pudientes compraban una casa en Alta Gracia y sobrellevaban dignamente el tema alegando alguna enfermedad más elegante que necesitara reposo. En otras localidades cordobesas se daba la misma situación, pero en Alta Gracia se concentraban los apellidos ilustres. Una vez que se curaban, muchos, ya afortunados con el lugar, conservaban sus casas para pasar los veranos o para una futura recaída.

Yo nací y me crié allí. Mi familia gozaba de la situación más acomodada que se pudiera desear, ya que mi padre, Carlos Ferrer Moratel, era quizás uno de los personajes más importantes de esta ciudad-hospital: era médico tisiólogo, es decir, especializado en afecciones pulmonares. Clientela no le faltaba. Y él atendía a todo el mundo sin distinción de posición económica o social, curaba a los ricos, pero también a los más pobres sin cobrarles un peso. A mi madre, Dolly, la conoció una vez que ella fue a acompañar a su prima hermana que sufría de tuberculosis a recuperarse en Alta Gracia.

Muchos biógrafos han señalado el asma que desarrolló Ernesto a partir de los dos años como determinante en su carácter y en su vida. Ciertamente lo fue para nuestra amistad. En 1932, los Guevara llegaron a Alta

Gracia con Ernestito, que, con cuatro años, sufría un asma severa que requería una solución urgente. Un médico en Buenos Aires —el prestigioso pediatra Mario O'Donnell, padre del psicoanalista y escritor Pacho O'Donnell— les había recomendado una estadía de cuatro meses en las sierras de Córdoba. Los cuatro meses se convirtieron en once años, un largo tiempo en el que tuve el privilegio de vivir muy cerca de mi amigo.

No recuerdo el día que conocí a Ernesto. Seguramente habrá sido en alguno de los típicos cumpleaños infantiles a los que nuestras madres nos habrán arrastrado, previo baño, engominado y emperifollado<sup>7</sup> como se estilaba en esos tiempos. Seguramente en lo de Guevara le habrán dicho: “Vení que vas a conocer al hijo del Dr. Ferrer, el médico que te ha atendido, a ver si se hacen amigos”. Y a mí, que tenía un año menos que Ernesto, me habrán repetido algo parecido. Así se manejaba la parte social, uno tenía que hacerse amigo de los hijos de las relaciones sociales de los padres. Y nuestros padres se conocieron poco después de la llegada de los Guevara y se llevaron rápidamente bien. Mi padre, como especialista, atendió a Ernesto y, gracias a sus buenos oficios, o al buen clima, o a ambas cosas, empezó a mejorar. A esta relación profesional se sumó una corriente de simpatía que se fue convirtiendo en amistad. Eran dos matrimonios jóvenes, con hijos de las mismas edades, que disfrutaban de una posición social y económica que les permitía participar de la vida social que ofrecía la pequeña pero distinguida Alta Gracia. Pero sobre todo, coincidían ideológicamente. En una Córdoba asfixiantemente clerical y conservadora, tanto los Guevara como los Ferrer tenían una visión liberal de la vida, que los hacía defender una posición

---

7 Arreglo exagerado.



Acá estamos posando en el jardín de la casa de la familia Peña en otro cumpleaños. Además del doctor Fernando Peña y su esposa, están sus hijos, Clarita, Susana, Coté y Fernando. También aparecen en la foto los hermanos Werner (Susana, Marta y Enrique), las hermanas Binaschi, Charo Aguina, Roberto Guevara y Carlos Ferrer. Yo, distraído, estoy en primera fila mirando para el costado. Ernesto, de frente, luce fastidiado. Tal vez porque, debido a su asma, era el único abrigado con un chaleco de lana en esa tarde de verano.

laica y simpatizar con el socialismo clásico, como el de Alfredo Palacios. Y ambas familias compartían un incondicional apoyo a la flamante República que se había instalado en España en 1931. Pronto la guerra civil que se desataría en ese país dividiría a la sociedad de Alta Gracia, como a casi todo el resto de la Argentina plagada de inmigrantes y descendientes de españoles, entre republicanos antifascistas y falangistas. Los Guevara y los Ferrer estarían del mismo lado, del de la República.

Estas posturas políticas, si bien contrastaban con las de buena parte de la sociedad pituca, no implicaban un rechazo hacia ellos. Los Guevara, por su posición social

indiscutida, y los Ferrer, por la labor profesional de mi padre, eran respetados a pesar de estas diferencias ideológicas. Si los criticaban, lo hacían por lo bajo. Para la sociedad, un apellido de alcurnia no era algo menor, y tanto Guevara Lynch como De la Serna, el apellido de Celia, la madre de Ernesto, eran linajes conocidos y respetados por todos.

Celia, además, era un caso aparte, la distinción la llevaba hasta en las uñas. La recuerdo con su collar de perlas jugando al *bridge* en el Sierras Hotel y fumando cigarrillos negros con un aire arrogante de mujer de avanzada. Era lindísima, alta, delgada, temperamental, vital, siempre dispuesta a recibirnos a todos los amigos de sus hijos, siempre con algún libro, hablaba perfectamente francés. Una mujer culta, elegante, refinada. Nunca se quedaba callada ante nada, siempre tenía una respuesta para todo. Celia no era solo “la señora” de la casa, era toda una personalidad. Y tenía mucho humor, hacía chistes, deslizaba ironías y comentarios sarcásticos y también los aceptaba. Adoraba a sus hijos, pero su preferido era Ernesto, tal vez por ser el primero o por el asma que la llevó a protegerlo más y a pasar más tiempo con él, o porque tenían personalidades e inteligencias parecidas. Ernesto la correspondía, la adoraba y la tuvo presente toda su vida, aun lejos. Basta leer las cartas que le enviaba desde los lugares más remotos. Yo creo que él siempre le agradeció que lo hubiera criado como a un chico normal, no en una caja de cristal, a pesar del asma. Y ella siempre sostuvo esa actitud, incluso en contra de lo que pensaba su marido que era más temeroso. Algunos biógrafos sostienen que Ernesto padre culpaba a su mujer por la enfermedad de su hijo, a raíz de un episodio que ocurrió cuando Ernestito tenía dos años y que, según él, habría desencadenado la afección pulmonar. Dicen que

Celia se bañó con él en el Río de la Plata y al salir dejó desabrigado al chico, sin reparar en un viento fresco que se había levantado. A mí no me consta personalmente que Ernesto padre haya hecho esa acusación, pero sí fui testigo de un cierto enfrentamiento por ese tema. Muchos años más tarde me tocó presenciar una discusión en la casa de los Guevara que resume esta tensión entre ellos. Una de las tantas veces que me llegué hasta su casa buscando noticias de Ernesto —que se estaba convirtiendo en el Che, librando sus primeros combates—, los encontré discutiendo. Ernesto padre, quizás aprovechando mi presencia que le podía proporcionar un circunstancial aliado, enfrentó a Celia:

—Fijate vos, las cosas que hace este chiquilín inconsciente, no sabemos dónde está, qué hace, esto es porque vos lo criaste así.

—¿Y cómo querías que lo criara?, ¿entre algodones? Cuidado, no salgas, no hagas esto, no hagas aquello... No, yo decidí que hiciera una vida como cualquier chico.

Y creo que no se equivocó, ¡las pruebas están a la vista! Ernesto nunca se sintió disminuido por su asma y pudo llegar adonde quiso y emprender todas las cosas importantes que hizo en su vida. Desde chico fue así, nunca se escudaba en su asma para no enfrentar lo que fuera o para no participar de todos los deportes, excursiones y juegos que se le presentaran. Y cuando le daba un ataque, él, su familia y sus amigos lo aceptábamos como una realidad: sabíamos que Ernesto tenía esa enfermedad y que cada tanto venían los ataques. No le teníamos lástima, ni nos asustábamos. Lo ayudábamos en el momento, lo visitábamos en la casa, ya estábamos acostumbrados a verlo fumando unos cigarrillos especiales para abrir los pulmones —que nuestro amigo Enrique Martín decía que estaban hechos de bosta por el olor espantoso que tenían—, o a calmarse con el “asmopul”, ese aparatito especial con

el que inhalaba adrenalina cuando estaba atacado. Pero para nosotros seguía siendo el Ernesto de siempre. Sabíamos que al poco tiempo estaría otra vez andando a caballo, nadando, jugando al fútbol, al golf. Su fuerza, su destreza para los deportes, su arrastre con las chicas cuando fuimos un poco más grandes y, sobre todo, su inteligencia, lo convertían en un líder indiscutido al que todos seguíamos. El asma no pudo con su personalidad.

Ernesto padre también impresionaba, era bastante alto, morrudo, con una fuerza impresionante. Aparentaba vivir enojado, pero era solo una cáscara, en realidad era un tipo muy sensible y bueno, transparente en su forma de ser, que tenía una auténtica pasión por sus hijos. No fueran a tocarle un hijo porque era capaz de cualquier cosa. Su aspecto de león enjaulado derivaba en parte del sacrificio que estaba haciendo al vivir en un lugar sin horizontes laborales como Alta Gracia. Él, por sus vínculos familiares y sociales, hubiera tenido en Buenos Aires muchas más posibilidades de desarrollarse económicamente. Pero había sido más fuerte el amor por su hijo Ernestito y su desesperación por verlo mejorar: contra viento y marea los Guevara se quedaron en Alta Gracia. Fue sin duda una renuncia. En esa época las distancias eran barreras casi insalvables. Hoy los 750 kilómetros que separan Alta Gracia de la ciudad de Buenos Aires parecen poco, pero entonces las comunicaciones y los medios de transporte eran precarios, gran parte de los caminos eran de tierra, y vivir allá implicaba estar casi aislado de lo que pasaba en Buenos Aires. Así que tuvo que buscar una actividad en una ciudad que era casi un pueblo, muy lindo lugar, pero sin industrias. Alta Gracia se dedicaba básicamente al bacilo de Koch y al incipiente turismo, aparte de eso no había nada que hacer. Durante un par de años trabajó en la remodelación de la

cancha de golf del Hotel Sierras. Pero el resto del tiempo fue capeando los temporales con el arrendamiento de un campo, con lo que producían unos yerbatales que tenían en Misiones, con alguna herencia de la familia de Celia. Durante los años que vivieron en Alta Gracia, los Guevara no pasaron necesidades pero tampoco les sobraba nada. Vivían bastante apretados y sujetos a los vaivenes del volumen variable de las rentas que llegaran. Por eso solían mudarse, siempre a casas alquiladas. Y también se atrasaban a veces para pagar los sueldos de la empleada doméstica o el alquiler, pero en cuanto llegaba el ansiado sobre se ponían al día. Rosarito, la mucama, cocinera, niñera y a veces “madre” de Ernestito, me lo contó en muchas oportunidades y me agregó que la generosidad de Ernesto padre hacía que se le perdonaran sus retrasos. Cuando finalmente llegaba el dinero, Guevara le pagaba lo adeudado más un sueldo extra de regalo. El mismo Ernesto se tomaba con humor el apodo que le habían puesto, “Urquiza, el terror de Caseros”, por su lentitud a la hora de pagar los alquileres. Y se reía a carcajadas en las sobremesas recordando la tarde en que un chiquilín, Beto Losada, sobrino de la propietaria de la casa que alquilaban, cayó por allí a cobrar. La casa era la famosa Villa Nydia, donde vivieron muchos años en distintas épocas y que hoy se convirtió en un museo que homenaja el recuerdo del Che. Guevara padre recibió al joven cobrador con campechana cordialidad:

–Hola Beto, ¿cómo te va?

–Bien, don Ernesto...

–Vos tenés cara de venir a cobrarme el alquiler.

–Y usted tiene cara de no pagarme –le soltó el joven Losada que era rápido de lengua y ya había ganado experiencia en el duro oficio de cobrar.

Yo mismo pude experimentar la relación informal que Guevara tenía con el dinero. En una oportunidad salí

de viaje para Buenos Aires con mi amigo Ernesto y su familia para pasar unos días de vacaciones con ellos. En un momento, Guevara padre descubrió que no había traído suficiente dinero y sin dudar me pidió prestado los pocos pesos que mis padres me habían dado para mis gastos. Nobleza obliga, ese dinero fue religiosamente devuelto al día siguiente con algunos “intereses”. De ese viaje guardo otro recuerdo que lo pinta de cuerpo entero. Íbamos en tren a Buenos Aires y Celia llevaba en brazos al menor, Juan Martín, que en ese momento era un bebé. Después del almuerzo, le pidió a un mozo si le podía calentar una mamadera. El tipo le contestó de mala manera que no podía, que estaba trabajando. No sabía con quién se estaba metiendo. Guevara se levantó de su asiento, cazó al mozo de las solapas y empezó a zamarrearlo como a una almohada. Le gritaba: “Qué te creés, carajo, que vas a contestarle así a una señora”. Tuvieron que sacárselo porque lo mataba. Los chicos mirábamos todo tranquilos porque sabíamos que no le podían ganar en una pelea cuerpo a cuerpo, era un fenómeno de fuerza. Y a pesar de su actitud campechana con todo el mundo, nunca dejaba de ser un Guevara Lynch.

La relación entre las familias Ferrer y Guevara se intensificó con los años gracias a la amistad entre los hijos. Por el lado de los Ferrer, a mí me seguían Jorge, al que le decíamos el Gordo y el más chico, Horacio o Chacho para los familiares y amigos, actualmente ambos son médicos. De los Guevara, Ernesto era el mayor y después venían Celia, Roberto, Ana María y Juan Martín, que nació varios años más tarde, casi un nieto, al que todos llamábamos Patatín. Ernesto y yo nos hicimos carne y uña, mi hermano Jorge, por una cuestión de edad se hizo más amigo de Roberto, y Chacho era más o menos de la misma edad de Ana María.



Otro cumpleaños, otra foto en la escalera de mi casa, donde muchos años después me fotografié con Camilo, el hijo de Ernesto. Acá el que parece enojado soy yo, tal vez porque me habían vestido igual –como se acostumbraba en ese tiempo– a mi hermano menor Jorge (somos los de remera oscura). Ernesto (arriba a la derecha) estaba con sus hermanas Celita (la que mira para abajo como empacada) y Ana María (la bebé de la primera fila). Otros invitados: Martita y Pipina Hernández, los hermanos Ayrolo y los Moyano Gacitúa.

Otra familia que fue muy allegada a los Guevara y que influyó en su decisión de quedarse a vivir allí fue la familia Peña. Fernando Peña era un juez de la ciudad de Córdoba, también de tendencia liberal, progresista en su forma de pensar. Vivían en el Alto, la parte de la ciudad donde siempre alquilaron los Guevara, y los hijos de ambas familias se hicieron también muy amigos. Los Peña eran Clarita, Susana, Fernando y Coté.

La vida en Alta Gracia era pueblerina y tranquila. Los

días, los meses, los años, pasaban sin muchos cambios. Pero lo que podía resultar tedioso y asfixiante para un adulto, para un chico se traducía en una enorme libertad. La ausencia de peligros y de urgencias hacía que nuestros padres nos permitieran llevar desde muy chicos una vida de puertas afuera. Y Ernesto había nacido para eso. Salvo los períodos en los que el asma se le agravaba y debía quedarse en su casa, andaba suelto y libre como un pájaro. Como cualquiera de nosotros o más, tal vez porque el obligado enclaustramiento transitorio le hacía valorar más la libertad, la vida al aire libre, los pequeños desafíos que ofrecían las sierras, los arroyos. Porque los chicos teníamos a nuestra disposición, además de una encantadora ciudad en la que todo el mundo era conocido y uno podía “caer” a almorzar o a tomar la merienda a lo de cualquiera, una geografía espectacular que nos invitaba a sentirnos aventureros en excursiones a las sierras, zambullidas en los arroyos, partidos de fútbol improvisados o batallas campales en los muchos terrenos libres que había entre las casas. Una libertad casi total matizada cada tanto con el reto de algún pobre vecino al que le habíamos hecho una macana y nos llevaba de una oreja a nuestras casas diciendo: “Mire, don Guevara o don Ferrer, este mocoso de mierda me ha hecho esta cagada”. Entonces, adentro, nos teníamos que quedar castigados sin salir. La única obligación cotidiana era volver a una hora prudente a almorzar y no molestar durante la rigurosa siesta de los grandes. Al menos eso se hacía en mi casa, como mi papá tenía que volver al consultorio, no podía demorarse el almuerzo porque si no se quedaba sin siesta. Y como decía un patriarca cordobés: “A la hora de la siesta solo salen los porteños y las iguanas”. En lo de Guevara era otro cantar, en esto como en muchas cosas ellos vivían a su aire, algo muy raro en esa época en la que las normas sociales eran mu-

cho más rígidas que ahora. En su casa se podía comer hasta las tres de la tarde y se podía llegar sin invitación previa. A mí me fascinaba ir y lo hacía seguido. Un día de verano que yo había invitado a un amigo a almorzar, nos entretuvimos en la pileta del Hotel Sierras y cuando me quise dar cuenta era la una. Se me había hecho tarde otra vez, ya venía de varios días de retrasos y mi padre me había amenazado: “Pobre de vos que llegues tarde”. Así que le dije a mi amigo que fuéramos a lo de Guevara. Celia me recibió con su risa alegre de siempre, que te hacía sentir que eras parte de la familia:

–Hola Calica, ¿cómo te va? ¿Qué hacés?

–Y... lo había invitado a este –dije señalando a mi amigo– a casa a comer, pero se me hizo tarde, y si llego a esta hora, papá me va a matar. ¿No te importa que comamos los dos acá?

Y ella se rió cómplice, y nos hizo pasar con el cariño de siempre, ¡a un colado que trae encima un invitado!

En lo de Guevara siempre había comida para todos, si caía más gente se hacían más huevos fritos o papas fritas o se cortaban más finas las rodajas de carne para que alcanzara para todos.

Y, por supuesto, también Ernesto venía a casa cuando quería, a comer o a jugar. Pero siempre era más divertido lo de Guevara. Había mucha gente y un clima jovial innegable. Creo que eso desmiente la mentada mala relación del matrimonio Guevara, al menos en esa época en la casa se respiraba un buen clima de cariño. Claro que eran dos personas vehementes al hablar y discutían entre ellos y con los invitados abiertamente. Yo, como chico, las primeras veces que los escuché, me quedé impresionado, pero después me acostumbré y lo tomaba como algo normal al igual que el resto de la familia. Además, ese estilo vehemente era el tono general de la casa y era parte de su encanto. En lo de Guevara vos podías

tirar sobre la mesa el tema más trivial del mundo que ocasionaba una discusión fabulosa. Se hacía gala de conocimientos, dicción, oratoria, y la charla más intrascendente iba *in crescendo* hasta alcanzar un acaloramiento importante. Cuando terminaba la discusión, todo el mundo se despedía como si nada hubiera pasado y quedaba listo para reanudar la polémica en la próxima reunión. Los chicos iban interviniendo a medida que crecían. También los invitados, o colados, metíamos un bocadillo cuando nos animábamos. Pero, ojo, no podías decir cualquier macana, porque a la primera estupidez te borraban y no te daban más la palabra. Yo era bastante tímido, pero ya en la adolescencia me atrevía a tirar alguna cosita, pero lo más común era que me quedara pensando algo sin decirlo. Cuando terminaba la discusión, lo agarraba aparte a Ernesto y le decía: “Para mí esto es así o así”. Y él me retrucaba: “Bueno, pero decilo si estás seguro”. “Y... es que no me animé, te lo digo a vos”, le confesaba.

Y la casa de Guevara estaba abierta a todos los amigos de los chicos, sin ninguna distinción. No importaba si eras pobre o rico, si tenías apellido ilustre como ellos o no. En eso, Ernesto era igual que el resto de su familia, así como se codeaba con lo más pituco de Alta Gracia, también tenía cantidad de amigos semi-analfabetos, de familias muy humildes, los *caddies* de la cancha de golf del Hotel Sierras, los hijos de los caseros que cuidaban las casas deshabitadas durante el año. Con ellos hacíamos excursiones a las sierras un poco más osadas que las que nos permitían nuestros padres a los “niños bien”. Íbamos a pie a lugares alejados como algunas canteras que había en los alrededores. Llevábamos pan, un poco de yerba y volvíamos recién a la noche. Si alguno quería subirse a algún camión que gentilmente nos ofrecía regresarnos a casa, Ernesto decía que no, y a los demás no nos quedaba otra que imitarlo para no ser menos. Ernesto era pura inquietud, pura

atracción hacia lo desconocido. Hacía todo lo posible por meterse en todo, por conocer lugares, por saber más. Y lo que aprendía, lo que tenía, lo que conocía, lo compartía con los demás, era generoso por naturaleza. Celia muchas veces renegaba porque Ernesto regalaba los guardapolvos a los compañeros pobres y a la hora de ir al colegio se daba cuenta de que no encontraba qué ponerle. Cuando tenía un peso en el bolsillo –cosa que no ocurría con mucha frecuencia– enseguida invitaba a sus amigos a comer sándwiches de mortadela y queso de 15 centavos que vendían en un bodegón cerca de su casa. También les enseñó a andar a caballo, que en esa época era lo máximo a lo que podía aspirar un chico y que era casi imposible para un hijo de una familia humilde. Estaban de moda las películas del Llanero Solitario que íbamos a ver a la matiné del cine de Alta Gracia. El héroe siempre era un *cowboy* montado en su caballo, así que si tenías un caballo y un sombrero de ala ancha impresionabas a cualquiera. Los mismos Guevara solo pudieron tener caballos a su disposición los años en los que el padre trabajaba en la refacción de la cancha de golf del Sierras. En cambio, gracias a la buena posición económica de mi padre, mis hermanos y yo siempre teníamos caballos con buenas monturas que usábamos para darnos corte<sup>8</sup> y hacerles la pasada<sup>9</sup> a las chicas. Claro que eso despertaba envidias, broncas y cargadas. Cuando yo pasaba con mi caballo, todo compadrito, Ernesto y sus amigos de las sierras me hondeaban desde una trinchera improvisada que solían armar para jugar a la guerra. Entonces yo buscaba otros amigos que también tenían caballos y contraatacábamos atropellándolos. Ernesto y yo nos quedábamos enojados unos días sin hablarnos, hasta que se nos pasaba y volvíamos a ser tan amigos como siempre.

---

<sup>8</sup> Darse importancia.

<sup>9</sup> Exhibirse delante de otros.

La amistad de nuestros padres ayudaba a que se limaran los choques entre nosotros, porque los dos teníamos nuestro carácter. Sin embargo, nunca llegamos a las manos, creo que nos respetábamos y, un poco por nobleza y otro poco por diplomacia, nunca dejábamos que las cosas llegaran a mayores. También por prudencia, porque a ninguno de los dos nos gustaba perder. Y Ernesto, aunque era un tipo capaz de atropellar a un tren de frente, también sabía medir hasta dónde llegar. Con otros entrañables amigos con los que compartió distintos momentos de su vida, como Alberto Granado, los hermanos Figueroa o mi hermano Jorge, tampoco se agarró jamás a trompadas.

El verano era la época del año en la que esta pequeña ciudad se despertaba de su letargo invernal, que solo se veía interrumpido por la “Semana del golf” y las vacaciones de invierno. Con las buenas temperaturas, arribaban las familias distinguidas a ocupar sus casas o a instalarse en el Hotel Sierras. Para los chicos era un programa ir a la estación a ver quién llegaba, reencontrarse con amigos de veraneos anteriores, volver a ver a alguna chica que pensábamos “festejar”, correr entre los baúles y las valijas que traían las familias que venían a instalarse y que los changarines iban subiendo a los coches a caballo que esperaban a los visitantes. Eran verdaderas mudanzas, las vacaciones de esas familias se prolongaban desde los primeros días de diciembre hasta el día anterior a que empezaran las clases en marzo. El tren de la línea Mitre que terminaba su recorrido en Alta Gracia era el Rayo de Sol, un tren de lo más bacán<sup>10</sup> que salía de la estación Retiro en Buenos Aires, con camarotes, coche comedor, todo de muy buen nivel. Se viajaba toda la noche y por la mañana se llegaba a Alta Gracia. Con

---

<sup>10</sup> Lujoso.



En Alta Gracia los Ferrer y los Guevara se movían en un ambiente progresista e intelectual donde circulaban personajes de la República española que buscaban refugio en la Argentina. En la foto de arriba, de derecha a izquierda: Paco Aguilar (un destacado músico español), Rafael Alberti (el poeta premio Nobel), el famoso compositor español Manuel de Falla, Juan Aguilar (ex funcionario de la República española) y, entre dos personas que no reconozco, está de perfil mi padre, el doctor Carlos Ferrer Moratel. En la foto de abajo se lo vuelve a ver a mi padre rodeado por estas notables personalidades. La casa donde vivió Manuel de Falla en Alta Gracia hoy se convirtió en un museo que atesora estas fotos y muchos otros objetos que recuerdan al gran músico y un estilo de vida hoy desaparecido.

Ernesto hicimos ese viaje muchas veces juntos, con nuestras familias de chicos y los dos solos cuando fuimos más grandes. Me acuerdo de la sopera de plata donde te traían el *consomé* de verduras, después te servían dos platos y postre. Y para los grandes, *whisky*. Más o menos a la altura de Rosario, los mozos, hartos de nosotros que molestábamos, nos echaban: “Váyanse de acá mocosos de mierda”. Y nosotros nos íbamos a los camarotes a charlar hasta quedarnos dormidos. Al día siguiente, amanecíamos en Alta Gracia y era una fiesta volver a nuestro pago y reencontrarnos con todos los amigos.

Todo cambiaba en el verano, las actividades, los juegos, los horarios, los amigos. También, aun a nuestro pesar porque queríamos mucho a nuestros compañeros de todo el año, se marcaban más las diferencias sociales. Eran los tiempos en los que el personal de servicio no tuteaba ni a los chicos y nos llamaban con apelativos como “niño Ernesto”, “niño Calica”. El centro de la vida veraniega era el Hotel Sierras, con su pileta, su campo de golf, sus canchas de tenis, su orquesta, sus terrazas, galerías y salones, su famoso bar, sus bailes, su vida social. Era lo que hoy sería un hotel cinco estrellas. Lo habían edificado los ingleses en la Argentina durante la construcción de los ferrocarriles, a imagen y semejanza de otro hotel levantado también por ingleses en Calcuta. Y claro, con los mismos fines, tener un lugar confortable para descansar, hacer deportes y reproducir el estilo de vida lujoso europeo en los países subdesarrollados donde hacían negocios. Y ahí no entraba cualquiera. Era una división tajante, había un “colador” tremendo. Sólo entraba el que el gerente aceptaba. Era un italiano chiquitito, don Roque Celentano, al que le sacamos canas verdes. Los chicos que teníamos luz verde para entrar éramos: los Guevara, los Ferrer, los Figueroa, los Peña, los Ayrolo, los Achával Cafferata, los Marcó del Pont, los Lahitte, los

Werner, los Sánchez Chopitea, los Fauvety, los Palacios, los Hernández y muchos otros. Pero ojo, que cuando nos mandábamos una macana Celentano nos agarraba –a Ernesto, a Carlitos Figueroa o a mí– y nos decía “andate a tu casa”. Después hablaba con nuestros padres, que nos pegaban un reto o nos encajaban alguna penitencia, y al día siguiente volvíamos. A mí me tenía más paciencia porque mi padre era el médico de los enfermos pulmonares del Sierras –que eran casi todos los huéspedes–, así que gozaba de un poco de acomodo. Igual, cuando me portaba demasiado mal, me echaba.

Durante la temporada veraniega, la vida comenzaba a la mañana en la pileta del Sierras. Era una pileta olímpica fantástica, de 25 metros, con los andariveles correspondientes, con un trampolín de casi dos metros del que Ernesto desde muy chico se tiraba, un poco por gusto y otro poco para demostrar –como hacía cada vez que se presentaba la ocasión– que no tenía miedo a nada, y de paso impresionar a las chicas. Para desafiarnos entre nosotros y hacernos los cancheros, jugábamos a ver quién podía hacer más de una pileta abajo del agua sin asomarse para respirar. Llegamos a hacer hasta casi dos piletas, o sea ¡50 metros! Una vez Roberto, que era más chico que nosotros, quiso imitarnos y se tiró al agua, pero cuando estaba por la mitad de la pileta quedó flotando. Ernesto padre se tiró desesperado a sacarlo. Me acuerdo el reto que nos dio a los grandes más tarde, cuando ya Roberto se estaba recuperando en la casa con una bolsa de hielo en la cabeza.

Ernesto iba al Sierras con sus padres, yo sólo con mamá porque papá tenía que atender a sus pacientes. Había clases de natación y ahí aprendimos a nadar y perfeccionamos nuestro estilo con glorias del deporte argentino como los hermanos Espejo Pérez. Ernesto y yo nos sacábamos chispas, los dos éramos campeones de mariposa

y de pecho. Ya de adolescentes, Ernesto padre nos entrenó para una competencia muy importante con la ilusión de batir el récord argentino de cien metros de pecho en la categoría de menores de quince años. Nos pasamos todo el verano practicando, Guevara nos entrenaba para dar bien la vuelta sin perder segundos valiosos. Ernesto era más candidato que yo a salir bien parado porque venía muy bien en los entrenamientos. Finalmente, el día de la competencia, nos tiramos al agua y cuando íbamos por los 50 metros, veo de reojo que Ernesto se para, no sabía qué había pasado y me gritaron que siga. Terminé las vueltas y pude romper el récord. Pero el festejo fue amargo, porque al pobre Ernesto el asma le había jugado una mala pasada y por eso no había podido terminar la carrera. Buen perdedor y orgulloso como era, vino a felicitarme.

A la hora de la siesta los chicos no podíamos asomar la nariz por el Sierras, Cerentano no nos dejaba entrar porque decía que molestábamos a los huéspedes copetudos que o dormían o jugaban cartas, dados y ajedrez en los distintos salones del hotel. Recién cuando empezaba a caer el sol podíamos volver a escuchar una orquestita que tocaba en la galería valsés, boleros, fox-trot. También se bailaba. De chicos, apenas espiábamos y nos reíamos de los más grandes que ya podían afilar<sup>11</sup> a una chica. Y nos íbamos a los salones de juego. Ernesto era un gran jugador de ajedrez, nos ganaba a todos. El único que podía con él era el Negro Figueroa, hermano mayor de Carlitos, con el que se armaban unos partidos memorables. Otra historia empezó cuando nos pudimos poner el pantalón largo, que todavía era una barrera, con pantalón corto no tenías derecho a casi nada. Ahí empezamos a participar de los bailes, y nos empilchábamos lo

---

11 Cortejar.



Ernesto con su barra de amigos “reos”. Desde chico, frecuentó todo tipo de ambientes sociales. Así como disfrutaba de la amistad de sus amigos pitucos, vivía mil aventuras con los hijos de las familias más humildes. En esta foto posan junto a él (como siempre con chaleco de lana y manga larga) los hermanos Martín (Enrique y José), los Ávalos (Manolo y el Negro), Fernando Romero, Juan Míguez, Cacho, y sus hermanos Roberto (a la derecha) y Ana María.

mejor posible; si conseguías un saco blanco, matabas. Pero a Ernesto nunca le importó un pito la ropa, lo cargábamos porque andaba de cualquier manera. En aquella época era muy común que todos los chicos usáramos la mayor parte de la ropa heredada, nos la íbamos pasando. Ernesto tenía un tío que le pasaba ropa que siempre le quedaba grande y él nunca se tomaba el trabajo de arreglar. Se probaba y me decía:

—¿Te parece que me queda bien lo que me mandó Fulano?

—Te queda como el culo —le decía yo.

—No me importa, yo voy igual así.

A pesar del *look* “qué me importa” y de que era un

patadura para el baile, Ernesto tenía arrastre con las chicas en esa primera adolescencia, cuando los romances eran más imaginados que reales. Todo era “me parece que Fulana gusta de vos”, “Zutana te miró”. A nosotros nos gustaban todas, las sacábamos a bailar pero no pasaba nada, era lo que en esa época llamábamos “festejos”. Ernesto era muy seguro de sí mismo, no necesitaba ni la pilcha elegante, ni destreza como bailarín, se tenía una fe bárbara. Nosotros lo cargábamos con el tema del baile, porque no tenía el menor oído musical, pero él lo terminaba usando en su beneficio. A las chicas les daba ternura, le decían: “Ay, Ernestito, no sabés bailar, venite a casa que te enseño”. Y ahí iba él a tomar el té, se pasaba la tarde bárbaro, se comía todo lo que había arriba de la mesa y, por supuesto, no aprendía nada porque tenía un canuto en cada oreja.

Los tés, los cumpleaños, las guitarreadas, los “trucos”, los campeonatos de ping-pong, los asados, las excursiones a las sierras, los baños en los arroyos, las cabalgatas, eran todos programas veraniegos en los que participábamos el “elenco estable” de Alta Gracia, más los hijos de las familias veraneantes. Muchos de estos encuentros se hacían en las casas de las chicas del grupo, era una forma que tenían las madres de tenerlas más controladas. Algo que Ernesto y yo odiábamos eran las guitarreadas, los dos teníamos pésimo oído y todas las miradas se las llevaba el que podía tocar o cantar. “Mirá ese guitarrero cómo levanta minas, y es un enano...”, nos comentábamos por lo bajo con Ernesto mirando con bronca cómo las chicas se fascinaban con un petiso que tocaba boleros. Nosotros preferíamos las cabalgatas que nos permitían a los locales lucirnos porque estábamos acostumbrados a andar a caballo y les sacábamos ventaja a los porteños.<sup>12</sup>

---

12 Habitantes de la ciudad de Buenos Aires.

Para nosotros “porteño” era un insulto, y además sinónimo de pituco. Ernesto, Carlitos Figueroa o yo podíamos mostrar alguna destreza como parar el caballo en dos patas y en las sierras era más fácil encontrar algún lugar apartado, lejos de las miradas de los padres, para robarle un beso a alguna chica que te gustara.

Los grandes también tenían sus “bacanerías”, la mayoría de influencia inglesa, como las carreras del zorro, el golf, el tenis.

Y el broche de oro del verano eran las tres fiestas famosas que se hacían durante el carnaval en Córdoba: una en Villa Allende, otra en La Cumbre y otra en Alta Gracia. Ya de adolescentes íbamos a todas y, los festejos podían terminar a las piñas, según cómo nos lleváramos con el grupo con que nos encontrábamos. Estas fiestas las organizaban los hoteles importantes de cada lugar y nosotros, para no gastar mucho, íbamos más temprano y escondíamos entre las plantas botellas de ginebra. Y tomábamos de ahí cuando nadie nos veía, al final de la fiesta la gente no podía entender cómo estábamos tan mamados si no teníamos un peso para comprar bebidas. A muchos nos sacaban con las patas para adelante. A Ernesto no, él siempre fue medido, aunque también le gustaba tomar.

Con el fin del verano, los veraneantes volvían en el Rayo de Sol a Buenos Aires y Alta Gracia recuperaba su ritmo pueblerino, sus casas deshabitadas, su espacio libre interminable. Durante unas semanas, resonaban los ecos de las aventuras veraniegas. Los que nos quedábamos combatíamos esa sensación de haber sido abandonados en un pueblo que parecía ahora demasiado grande, repitiendo interminablemente anécdotas, romances reales o imaginarios, travesuras y todo tipo de acontecimientos del reciente verano. Con el otoño, volvíamos al

colegio. En Alta Gracia había tres escuelas primarias, todas públicas. Ernesto, por su asma, no asistió a los primeros grados. Celia era la encargada de suplir la educación que no podía recibir regularmente en el aula como cualquier chico. Supongo que eso también influyó en que tuviera una crianza más libre, más a su aire, sin horarios fijos, compañeros, maestras, recreos, tareas. Sin más limitación que la que le imponía un asma terca que a veces tardaba días en ceder. Muchas veces iba yo solo o con otros amigos a buscarlo y Celia movía la cabeza en dirección al cuarto dándonos a entender que estaba otra vez atacado. Ahí lo encontrábamos, casi siempre leyendo acostado boca abajo, una posición que lo ayudaba a respirar mejor. O jugando al ajedrez con su padre o alguno de sus hermanos. Pero cuando estaba bien, la libertad de horarios le permitía relacionarse con otros chicos de Alta Gracia que tampoco iban al colegio, pero por otros motivos. Eran los chicos de familias pobres que trabajaban en el campo, como *caddies*, como changarines. Eran los chicos que no podían entrar al hotel Sierras ni estaban invitados a los téis o a las fiestas del verano, pero con ellos Ernesto compartía el resto del año y los sentía tan amigos como a los otros. Y aprendía también cosas de ellos, como el valor del trabajo. En la familia de Ernesto se reían recordando la vez que quiso acompañar a sus amigos que iban a cosechar uva chinche al campo. Les pagaban 40 centavos por ocho horas de trabajo, lo que equivalía a poco más de dos sándwiches. Los amigos iban por necesidad, Ernesto, por diversión. La cuestión es que, fiel a su costumbre de devorar todo lo que tenía por delante, tragó más uvas que las que cosechó y se agarró una diarrea descomunal.

Otro de nuestros amigos, que era todo un personaje en Alta Gracia, era Zacarías, un muchacho unos cuatro o cinco años mayor. Como nadie sabía su apellido lo habíamos



bautizado Tajamar, como el famoso embalse de la ciudad. Zacarías iba por todo el pueblo con una canasta vendiendo alfajores caseros que preparaba una señora que lo había adoptado.

–Che, Zacarías, fíame un alfajor –lo encaraba Ernesto o yo a cada rato.

–No, vos me debés tanto y no te fío nada.

Entonces, uno de nosotros lo distraía y otro venía de atrás y le manoteaba uno o dos alfajores y salíamos corriendo muertos de risa comiéndonos nuestro botín mientras Zacarías nos puteaba de lo lindo. Después, cuando Zacarías iba a quejarse del afano a lo de Guevara o a casa, nuestros padres prolijamente le pagaban todo lo adeudado. Eran bromas, pero era nuestro amigo. Si se armaba un picadito y él pasaba vendiendo, lo llamábamos para que se sumara, él plantaba la canasta y se ponía a jugar. Unos años más tarde consiguió otro trabajito como cuidador de las canchas de tenis del Sierras y estaba agrandadísimo. “No te ‘metáis’ porque ahora soy el jefe de acá”, nos decía.

Cuando Ernesto empezó a asistir regularmente al colegio fuimos compañeros en quinto grado en el Manuel Solares, una escuela pública de varones. Ernesto llamó la atención de entrada. Llegaba en la “catramina” –que era como le decíamos al auto de los Guevara, un viejo Dodge descapotable– que aparecía con chicos colgando como en un racimo. Celia, informal como era, dejaba subir a todos los chicos que quisieran. También llamaba la atención en el colegio que los hermanos Guevara estuvieran exceptuados de la clase de religión. En aquella época, todavía las escuelas públicas tenían la materia Religión como “optativa” pero en los hechos iban todos, salvo algún chico judío. Pero los Guevara tenían sus propias ideas. Ernesto padre era un ateo convencido, criado de esa manera, en cambio Celia había sido educada en

un colegio de monjas muy exclusivo y tenía su corazoncito religioso. Cada tanto le daba un raptó de religiosidad y su marido la cargaba. Pero su relación con la Iglesia y con los curas era pésima. Una vez el sacristán de Alta Gracia le llamó la atención porque un día de verano estaba en la iglesia con pollera sin medias, lo que era considerado un sacrilegio. El sacristán, que era gorro como un gato capón, la reprendió delante de otras personas y ella, orgullosa y arrogante como era, se metió la mano por debajo de la pollera y se estiró las medias de *nylon* transparente que tenía puestas con una sonrisa triunfal. Se juró a sí misma no volver. Los chicos mamaron todo ese anticlericalismo y lo tradujeron a su idioma. Ya más grandes organizaban partidos de fútbol de ateos contra católicos. Todo un desafío en una provincia tan católica como Córdoba. Sin embargo, yo creo que en lo de Guevara se vivían y se transmitían los principios de un cristianismo bien entendido. A los chicos siempre se les enseñó el respeto al pobre, la solidaridad con el más necesitado, les hacían notar la pobreza que en ese momento era terrible en Alta Gracia. Eso va creando en Ernesto una sensibilidad con el que sufre.

Ernesto faltaba mucho al colegio por su asma, en el registro de quinto grado figuran 68 inasistencias justificadas. No era muy buen alumno y todavía peor era en conducta, le encantaba llamar la atención y hacía toda clase de locuras que nos hacían reír, como tomar tinta del tintero o comer tiza. En definitiva era uno más en un colegio de varones en el que todos nos queríamos destacar por ser el más travieso y desfachatado. Es gracioso ver la planilla de calificaciones: solo dos compañeros tienen un “bien” en conducta, todos los demás, “regular”. Éramos bravos, pero hacíamos cosas inocentes, bravuconadas que nos mandábamos para sentirnos hombres y para pasar el tiempo en un pueblo en el que no había

demasiado para hacer. Don Pancho Gutiérrez, un personaje de Alta Gracia que tenía un carro de caballo y mula con el que hacía fletes, repetía una frase genial. Cuando nos veía aparecer en barra a pedirle algún caballo o a probar sus guisos, que eran buenísimos, nos decía: “Un muchacho, buen muchacho, dos muchachos, regular, tres muchachos, váyanse a la puta que los parió, les voy a decir a sus padres que vinieron a joderme”. Porque nos conocía y sabía que cuando estábamos en barra siempre nos divertía hacer alguna joda,<sup>13</sup> alguna pequeña maldad, incluso apostábamos a ver quién hacía la macana más grande. Era una forma de demostrar valentía y en eso a Ernesto no le ganaba nadie, era más que valiente, era temerario. Se hicieron famosas sus zambullidas en el paredón. El paredón era un pozo que los jesuitas habían agrandado y usaban para guardar agua. Tenía como tres metros de profundidad y estaba rodeado por piedras y árboles. Y había locos que se tiraban desde las ramas de los árboles. Un día que andábamos por ahí, Ernesto anunció:

—Yo me tiro.

—No, no seas pelotudo, te vas a matar —le dije.

—Si Fulano se tira, ¿por qué no me voy a tirar yo?

Así que este loco fue y se subió a la rama más alta de un árbol y se paró en la punta. La rama se bamboleaba y todos nos quedamos duros esperando a ver qué iba a pasar. Era peligroso, se encontraba a gran altura y la superficie del pozo no era grande y estaba lleno de piedras. Yo sufría pensando que si le pasaba algo, el viejo Guevara nos mataba. Pero se tiró y salió airoso, ya después de ese día se zambullía seguido para cancherear. Atrás de él se mandaba también Zacarías Tajamar. Con la diferencia de que no sabía nadar, así que una vez en el agua nos teníamos que meter nosotros a sacarlo porque si no se ahogaba.

---

13 Broma pesada.



Un cumpleaños, posiblemente en lo de Guevara. Aquí estamos otra vez Ernesto y yo siempre pegados. Yo, ya más grandecito poso canchero con la mano en el bolsillo. Ernesto sigue siendo el único de manga larga por su asma. Estrenando el autito reluciente (seguramente un regalo de cumpleaños), Ana María Guevara.



Una hoja de carpeta garabateada por Ernesto que me regalaron en la Oficina de Asuntos Históricos durante mi último viaje a Cuba. Ya mostraba su típica ironía. Escribió: "Estimado señor: Habiendo puesto fin a mis estudios escolares, en este año, pienso dedicarme por entero al dibujo. Tenga pues la seguridad de que, a partir de esta lección recibirá mis trabajos con regularidad. Sin más lo saluda, Ernesto Guevara Serna". Abajo agrega: "Muy bien estimado alumno Serna".

Otra diversión era burlarnos de los turistas, despreciábamos a los “porteños pitucos”, que en nuestra jerga era cualquiera que no fuera cordobés. Así que para reírnos buscábamos a los que alquilaban caballos y les decíamos “sáquele el freno para que escupa”. Y cuando los pobres tipos le sacaban el freno, el caballo disparaba para su establo y doblaba rajando las esquinas con los turistas aterrados aferrados a la montura para no caerse.

De esta forma transcurría la vida en Alta Gracia y lo que cortaba la monotonía eran los acontecimientos políticos internacionales. La Guerra Civil Española tuvo grandes efectos en nosotros, en parte por la firme postura a favor de la República de los Guevara y de los Ferrer, y también por la llegada de notables exiliados republicanos a Alta Gracia. Uno de los refugiados famosos, también arrastrado por el bacilo de Koch hasta Alta Gracia, fue el genial músico Manuel de Falla, que sufría de tuberculosis y que fue atendido por mi padre y se integró a la vida social de la pequeña ciudad. Solía repetir que no volvería a España mientras gobernaran quienes habían matado a su hijo espiritual, el poeta Federico García Lorca. Otra familia de exiliados que pronto se hizo amiga de todos nosotros fue la del doctor Juan González Aguilar, un médico que había tenido un cargo importante en el Ministerio de Sanidad de la República. Sus hijos, Carmen, Paco, Juan y Pepe, se hicieron de la barra. En su casa se relataban permanentemente anécdotas y hechos de la guerra española, que nosotros escuchábamos fascinados. Tanto en lo de González Aguilar como en lo de Manuel de Falla iban de visita muchos exiliados como el poeta Rafael Alberti, que fue premio Nobel de Literatura.

Ernesto tenía nueve o diez años pero estaba deslumbrado con los cuentos de esa guerra tan lejana y tan cercana a la vez. Había conseguido un mapa de España y

con las noticias que obtenía a través de la radio o de los exiliados, iba marcando con banderitas los avances de los republicanos. Ernesto tenía desde chico una pasión militar, no en el sentido del orden y la obediencia, pero sí en lo estratégico y en la capacidad de mando. A él se le ocurrió un juego, que se convirtió en uno de nuestros favoritos, que consistía en armar trincheras con tierra, piedras o lo que consiguiéramos y jugar a la guerra. Armábamos dos bandos y nos tirábamos con “municiones”, que eran los frutos de un árbol muy abundante en la zona, unas bolas duras rellenas con un líquido lechoso. Ya de adolescente mostró otra vez su ingenio al tirar una cañita voladora a los pies de los comensales de una cena de Navidad que se celebraba en una de las casas de Alta Gracia con las familias más renombradas. Se armó un despelote bárbaro y Ernestito se ligó una penitencia histórica. Quién sabe si habrá recordado ese episodio cuando ideó –ya convertido en el Che– en plena Sierra Maestra un sistema casero para disparar granadas con el fusil.

La Segunda Guerra Mundial también se metió en Alta Gracia y en nuestras vidas. En ese momento ya éramos adolescentes y lo vivimos con más conciencia y participación. Igual que nuestros padres, éramos totalmente pro-Aliados. En cuanta manifestación, solicitada, petitorio o comité se organizaba, ahí estábamos. A diferencia de lo que ocurrió con la Guerra Civil Española, donde la cosa estaba dividida y había muchos franquistas, en la Segunda Guerra era vergonzante confesarse abiertamente nazi, así que nuestra postura sintonizaba con la mayor parte de la sociedad de Alta Gracia.

Para el fin de la guerra apareció otro movimiento, esta vez de Argentina, que sacudiría a todo el país y que dividiría las aguas: el peronismo. Pero para esa época éramos unos jóvenes veinteañeros y ya los dorados años

de Alta Gracia habían quedado muy lejos. Ahora vivíamos en Buenos Aires, a 750 kilómetros del pueblito de nuestra infancia.

Allí fue donde un día Ernesto cayó por mi casa, casi un año más tarde de aquella propuesta bravucona, y refregándome su libreta universitaria en la cara me dijo:

–Acá tenés, pelotudo. ¡Así que no me iba a recibir? Preparate, Calica, ahora sí nos vamos.

## ÍNDICE

Prólogo de Alberto Granado .....	9
Capítulo 1	
<b>La propuesta</b> .....	13
Capítulo 2	
<b>La partida</b> .....	51
Capítulo 3	
<b>Bolivia</b> .....	83
Capítulo 4	
<b>Perú</b> .....	125
Capítulo 5	
<b>Ecuador</b> .....	169
Epílogo .....	197